

OPOSICIONES PARA LA PLAZA
DE REFRENDARIO DEL CONSE-
JO DE ESTADO

Hacia ya rato que los pocos huéspedes del *Ermitorio*, desterrados allá, en la cumbre del monte, oían el vozarrón de Natale, el recadero, subiendo por la fatigosa cuesta, bajo la arboleda:

—¡Arre... brrr... Arre... brrr!

En medio del ocio opresor, de la temperatura asfixiante, oyendo el estridir lejano, continuo, de las cigarras y el agudo chirriar de los grillos, cundía la ansiedad por saber si aquel animalote de Natale, conducía a algún nuevo compañero de desventuras o a un nuevo visitante; y los huéspedes se asomaban de vez en cuando a las ventanas del ex-convento, convertido desde hacía algunos años en albergue.

El convento, a decir verdad, conservaba su

carácter, con sus celdas angostas, provistas de una cama tan estrecha que apenas si podía uno moverse en ella, de una rústica mérita, de un lavabo y tres o cuatro sillas de paja.

Y el mismo carácter conservaba también el rectorio, con sus largos y oscuros corredores reumbantes, las grises escalerillas desgastadas, y al lado, una capilla, siempre cerrada.

Durante los primeros días, los huéspedes toleraban la falta de toda comodidad en gracia al extraño sabor de la vida claustral. Pero después se aburrían, aunque no quisieran confesarlo. El propietario del *Ermitorio*, señor Lanzi, a quien se le ocurrió explotar la peregrina hospedería, allá en lo alto, prometía de un año para otro construir un hotel nuevo, de tipo suizo, y hasta con funicular.

—¡Es una lástima!—le decían—¡Tan hermoso como es este sitio para veranear! . .

—Ya lo creo—respondía suspirando y rascándose la cabeza el señor Lanzi.—Pero cuando yo haya echado los hígados en la obra y les ofrezca todas las comodidades, como si esto fuese el Monte Generoso o el Pilatus, ustedes protestarán de los precios y dejarán de venir, pensando que es preferible por el mismo dinero, ir a Suiza, porque luce más. Y entonces, el Pilato seré yo, quedándome con todas esas comodidades y con un palmo de narices...

¿Pero es que acaso el hotel de tipo suizo, no habría de construirse alguna vez, en aquella altura?

Sí, se construiría, pero el año próximo.

El señor Lanzi, para distraer a sus huéspedes, les enseñaba el lugar preciso de emplazamiento del hipotético hotel; y describía la futura construcción con toda suerte de detalles, de modo tal, que parecía tener ante sus ojos el edificio.

—¡Oh, será magnífico!

Y discutía y aceptaba los juiciosos consejos de éste o de aquél. Finalmente, hablaba de los estudios realizados para la construcción del funicular. Todo estaba dispuesto...

—¿Conque comenzarán las obras en Octubre próximo?

—Bien, muy bien, señor Lanzi. No es muy agradable, que digamos, esta incomodidad de subir hasta el hotel en los borriquillos derengados del cerdo de Natale.

—¡Arre... brrr... arre... brrr! . .—oíase ahora, acompasadamente; pero más próxima, bajo la umbría, la voz de Natale.

El señor Lanzi, con el ex-diputado Quagliola, calvo y barrigudo, y el joven catedrático del Instituto, Tancredo Picinelli, pelirrojo, delgado, pecososo, correctísimo, se adelantó por la esplanada, frente al convento, y desde allí vieron, asomados a las ventanas de las celditas, en actitud de espe-

ra, a los otros cuatro huéspedes del *Ermitorio*. La rubia señora Ardelli, cuyo marido (un buen hombre, un bonísimo hombre, condecorado), iba todos los sábados por la noche al *Ermitorio*, desde la ciudad próxima, donde tenía su empleo; el abogado Mesciardi, que la cortejaba; Pascualillo, el hijo del diputado, preso en la tentación del mismo galanteo y arruinando su pobre salud de colegial; y por fin, el curita Viné, que huía de la tentación.

Primero apareció el burro, que, incapaz de soportar por más tiempo las fatigas de la cuesta, rodó por los suelos y allí se abandonó, desesperanzado, con las orejas colgajos, cerrados los ojos, extenuado y jadeante, como si dijese, propiamente, que ya no podía más. Después, encolerizado, acudió con furia infernal Natale, con la vara en alto.

—¡Arriba, cerdo! ¡Levántate!

Y le llamaba así, porque según el discurrir de Natale, todo burro que se estimase, habría de sentir la ofensa al oírse llamar cerdo. Sin embargo, esto estaba muy lejos de ser así; y habiéndolo comprendido también Natale, propinó al jumento una razonable dosis de palos. Pero el asno, inmóvil, («¡Pega, pega!») allí se estaba, como si no le diesen a él. Sólo intentó estirar a medias una orejota pelada, quizás para oír por qué lado venían los palos.

Llegó por fin, jadeando, afanoso, el nuevo

huésped, Pompeyo Lagúmina, abogado: un gigante miope, enfurecido, hasta contra sus propios lentes, que difícilmente sosteníanse sobre las narices sudorosas. Las anchas alas del sombrero de tela blanca, se le habían empapado y pegado sobre el rostro rezumante. Y precipitándose sobre el asno, gritó a Natale, que se apartó discretamente:

—¡A ese burro me lo cargo yo, mamarracho, como Morgante llevó a cuestras el caballo de la Abadía!

Y en efecto, probó a cargarse el asno, entre las risotadas de los espectadores.

El recadero gimió sus disculpas ante el señor Lanzi.

—El pobre burro lleva encima una montaña...

—¡Sí; pero yo he venido a pié!—gritó, levantándose, Pompeyo Lagúmina.—Es bastante más burro que tú: ni siquiera sabe sostenerse sobre sus piernas.

—¡Con esa caja a cuestras, llena de plomo!... —gruñó entonces Natale.

—¡De ciencia, dirás, bestia! ¡Son libros!—replicó Pompeyo Lagúmina, cogiendo por los hombros a Natale y dándole una fuerte sacudida.

—Por eso mismo no lo puede soportar el burro—observó plácidamente el ex-diputado Quagliola, mientras Lagúmina, enfurecido, se negaba a pagar el porteo.

El señor Lanzi se interpuso con buenas maneras.

—Vamos, señor, no le pague usted si no quiere; pero retírese; está usted demasiado sudado, y puede resfriarse.

—Muchas gracias, no hay peligro—respondió Lagúmina mostrando su potente tórax.—¿Es usted el dueño?

—Para servirle.

—Muchas gracias. Pero sepa usted que yo no he empleado el burro. Intenté subir en él por el camino; pero me arrastraban los piés por el suelo, y un momento después, se me dobló la bestia debajo.

—¡Lo ha deslomado!—volvió a refunfuñar Natale.

—¡Si chistas, te mato!—tronó Pompeyo Lagúmina, volviéndose y blandiendo terrible el puño.—¡A callar!

La señora Ardelli, desde la ventana, no pudo contener su risa. Lagúmina levantó la cabeza, airado; pero al advertir que la risa era de mujer, ceremoniosamente intentó despegarse de la sudada cabeza el sombrero de tela, y sonriendo también él, como un buen muchachote, dijo:

—¿Le hace a usted gracia, señora? Pues no hablemos más.

Pero ya la señora Ardelli había desaparecido de la ventana.

Pompeyo Lagúmina, encarándose con el dueño y poniéndose de repente muy serio, casi fosco, reanudó:

—He venido aquí con el único y exclusivo objeto de estudiar. Necesito una habitación retirada.

—Aquí todo son celditas de fraile—dijo el señor Lanzi,—hechas para el estudio y para la meditación. Venga y se las enseñaré.

—¡Señores!. —saludó con una profunda inclinación Lagúmina, y siguió con la misma presancia de un cabo de granaderos al señor Lanzi.

El ex diputado Quagliola y el catedrático Picinelli, levantaron la cabeza para mirar a los que habían gozado la escena desde las ventanas. Mesciardi, se frotó las manos, como para decir: «¡Por fin tenemos ya a quien nos distraiga! ¡Ya ha entrado la alegría en esta casa!» Y Pascualitó preguntó a Natale:

—De plomo serán esas cajas, ¿verdad?

—¡Me ha matado el burro! ¡Maldita sea!. —Mascó estas palabras mientras, sudando, desataba con las manos y con los dientes, la cuerda con la que el burro llevaba sujeto el cargado serón.

Picinelli, intentó con buenas palabras persuadir al asno para que se levantara; pero la pobre bestia, que no conocía otro lenguaje que el de los palos, ante estas amorosas exhortaciones, aguzó las orejas y las bajó en seguida, cerrando los ojos

y pensando evidentemente: «¡Eso no reza conmigo!»

Poco después, una vez puesto el sol, los huéspedes del *Ermitorio* disponíanse a comer bajo los árboles, en las lomas a Levante.

Pompeyo Lagúmina, refrigerado el cuerpo con abundantes abluciones, fué a sentarse, plácida y sonriente su ancha caraza de gigante pacífico, entre el catedrático Picinelli y los Quagliola. Llevaba bajo el brazo un libraco encuadernado.

—¡Ah!—suspiró, cerrando los ojos y dejando el libro sobre la mesa.—No tengo un minuto que perder.

Cada uno de los huéspedes, disponía de una mesita: sólo los Quagliola comían juntos. El abogado Mesciardi, aguzó el oído para oír lo que decía el recién llegado; hubiera querido disfrutar también del espectáculo; pero no quería dejar el sitio que ocupaba, próximo a la señora Ardelli. Se le ocurrió un ardid; sacó de la cartera una tarjeta y se la dió al señor Lagúmina.

—Desde el momento en que usted entra en nuestra cofradía...

—¡Muy honrado con ello!—exclamó Lagúmina.

Se levantó, y cortesmente, entregó una tarjeta suya a todos los demás.

—Yo soy el huésped más antiguo—dijo Quagliola;—pero en consideración a su estatura, señor Lagúmina, debo cederle a usted el priorato de este convento.

—Aceptaría con mucho gusto—respondió con sentimiento Lagúmina—y sabría sin duda instituir, con el beneplácito del señor Viné, una nueva e ilustre Orden de joviales ermitaños, una falange disipadora... (*) ¡Pero no puedo, no puedo; tengo los minutos contados!. . . ¡Me estoy preparando para unas oposiciones de refrendario del Consejo de Estado!

—¡Ahí es nada!—exclamó Mesciardi.

—Y, desgraciadamente, no tengo otro remedio—suspiró Lagúmina.—Es para mí cuestión de vida o muerte. ¡Si no triunfase!. . . ¡Pero no, no quiero pensarlo siquiera! Y sin embargo, tan solo me queda un mes para prepararme. Cuando pienso en ello, me siento sin ánimos...

Pero no sin apetito, a decir verdad. Aquello no era comer, era devorar. Muy lindamente, dejó caer en la vorágine de su estómago, todo el contenido de un molde de arroz, sin darse cuenta y hablando de las oposiciones. De tal modo, que cuando con el tenedor, hurgando, no halló ni gra-

(*) Dice el original *Brigata spendereccia*, aludiendo a una Asociación de nobles que en Siena, hacia fines del siglo XIII, entregábase al goce, organizando fiestas suntuosas seguidas de opíparos banquetes. (N. del Trad.)

no que recoger, miró a los comensales, después al camarero, y dijo:

—O mucho me engaño, o este arroz estaba muy bueno. ¿Se puede repetir? Traeme otro moldé. ¡Con este airecillo de la montaña! ¡Lástima que no pueda gozarlo una temporada! Pero, en fin... me consuela el estudio, que ha sido siempre mi pasión.

—¡Y el arroz también!—observó en voz baja Quagliola, volviéndose a Picinelli.

Confesémoslo: lo mismo le ocurría con las chuletas, el pollo, la ensalada, y así sucesivamente. El señor Viné, flacucho e inapetente, se quedó totalmente pasmado.

¿Qué hacía el libro sobre la mesa? Paciencia, paciencia... Después de la comida...

—¡Encantador, esto es encantador!—exclamó levantándose con los demás Lagúmina, y se cogió el vientre con las manos, satisfecho, ahito.—Y ahora, ¡qué bien viene tumbarse al fresco! . .

Y fué a tenderse, más allá, al pié de una haya.

—Hoy es sábado... Acabo de llegar...—comenzó a pensar poco después, encendiendo el cigarro plácidamente.—Mañana es domingo... Mejor será comenzar el lunes. Conviene, aunque no sea más que para matar la curiosidad, habituarse a este ambiente...

Y miraba entretanto, en el fondo azul y vago de la lontananza, las crestas de los Apeninos.

—¡Ah, qué buena espina dorsal tiene nuestra patria!

Ya, ya; así, en los momentos de ocio, y hasta sin darse cuenta, ocurríansele de vez en cuando hermosas ideas, y tal cual robusta imágen... ¡Vamos, vamos: saldría bien de la tremenda prueba! ¡No era un tonto, pardiez! «¡Los Apeninos, espina dorsal de la patria!» Acaso, antes que a él, a nadie se le habría ocurrido semejante metáfora...

No era almohada muy cómoda, que digamos, el tronco de un árbol para apoyar su cabeza. Se estiró, pues, un poco más, y la dejó caer sobre el libro. Poco después roncaba, contemplado por los demás huéspedes, que se habían acercado caminando de puntillas, a una indicación del terrible Pascualillo.

—¡Silencio!. . ¡Está estudiando!. .—dijo por fin Quagliola padre, cruzando un dedo sobre los labios.—No le interrumpamos... Ha entrado ya en el Consejo de Estado...

Desgraciadamente pudo reposar muy poco. Todos los sábados, por la tarde, la colonia del *Ermitorio* acogía con ruidoso júbilo al caballero Ardelli, de vuelta de la ciudad. A las risas, al alboroto, Lagúmina despertó sobresaltado; y como si hubiese soñado en los exámenes, acometido por el miedo, de pronto se quitó el libro de debajo de la cabeza y púsose a leer, con los ojos hinchados

y enrojecidos por el sueño. Aquella gente desocupada, entretanto, se le echaba encima, llevando en triunfo, sobre el asno, a Ardelli, que en estatura rivalizaba con el enano Quagliola, si bien a modo de compensación, exhibía una cabezota de Goliat.

—¡Aquí tiene usted al nuevo huésped!—exclamó Mesciardi, indicando a Lagúmina.—¡Tenemos el gusto de presentarle a nuestro padre prior!

Lagúmina se levantó sonriente.

—¡Ya les he dicho que no puedo aceptar! ¿No se hacen ustedes cargo? He venido aquí sólo para quebrarme la cabeza. Pero ¡qué diantre! ¡Añochece! Leyendo, leyendo, no me había dado cuenta.

A lo que objetó muy seriamente Quagliola:

—Le aseguro que de seguir así, va usted a enfermar de la vista.

Domingo.

Había resuelto formalmente, categóricamente, no perder siquiera un día, siquiera un minuto. Pero acaso ¿la tarde anterior no convino consigo mismo en comenzar su trabajo el lunes? Sí, en efecto: necesitaba acostumbrarse al panorama. Además, era ya demasiado tarde.

—¿Las nueve?

¡Caramba! ¡Qué modo de dormir! ¡Mañana, lunes, a las cinco, en pié!

Se levantó, se vistió, y echándose otro libraco bajo el brazo, descendió a la esplanada.

¡Cuánta gente! ¡Vamos, ese día iba a ser imposible estudiar; lo tenía previsto! Señoras, señoritas, llegadas alegremente cabalgando en borriquillos desde los pueblos cercanos... Por el lado opuesto del monte, había un columpio, al que subían turnándose otras señoritas, lanzando ligeros gritos de alegre aspaviento a cada empujón dado por los muchachos, a quienes dejaban admirar, en los revuelos, fingiendo ignorarlo, sus lindas pantorrillas, aprisionadas en chillonas medias de seda transparente... y algo más también...

Pompeyo Lagúmina, apartó los ojos de aquel espectáculo, enarcando las cejas. ¡Ah, no! ¡A él no le estaba permitido poner sus miradas sobre una mujer! ¡Llevaba una en el corazón y no necesitaba más! Cuando un hombre serio ha comprometido su palabra, de cerca o de lejos, debe respetarla. Fiel, hasta en el pensamiento, ¡no faltaba más! Y se enterneció pensando en su «Sandra», su buena Alejandrita, que, desde hacía dos años, se consumía de amor, esperando el día de las bodas y luchando contra la adusta madre, empeñada en hacer su yerno de aquel estúpido Mimmino Orrei, un primo rico, a quien San-

drina no escatimaba ni burlas ni desaires. (¡Pobre Sandrina!) Pero ¿qué más podía hacer él? Tenía un corazón, sí, tan grande como el mar. En cuanto a corazón, un Creso. ¡Pero en cuanto a dinero! . . . ¡Ah! ¡Diógenes! . . . ¡Sí, sí, Diógenes cuando hasta el vaso echó para beber en la cuenca de las manos! . . . Claro es que no era Diógenes precisamente el tipo que cuadraba al caso. Lo verdaderamente admirable, sería poder entrar en el Consejo de Estado. ¡Bastaba con esto! La madre consentiría entonces en las bodas. ¿Pero cómo estudiar, cómo prepararse para las oposiciones en la ciudad? Después de tantas horas de trabajo en el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, con el ansia loca de correr en las horas libres al lado de la prometida. ¡Imposible! Era preciso un mes de licencia, para alejarse a cualquier sitio solitario... Sí; pero para esto también necesitaba dinero...

Fué milagro que a Pompeyo Lagúmina, no se le saltaran las lágrimas, allí, en presencia de tanta gente, pensando en lo que Sandrina había hecho por él. ¡Ah, pobrecita amada! ¡Quién sabe con cuantos sacrificios había ahorrado las trescientas liras que le dió a viva fuerza para que se alejase y estudiase! . . .

La felicidad, pues, dependía ahora de las oposiciones. De repente, Pompeyo Lagúmina abrió el libro.

—¿Aquí va usted a estudiar? ¿En esta algazara?—se acercó a decirle el abogado Mesciardi, quien para contrariar a la señora Ardelli, que en domingo pertenecía totalmente al marido, miraba las piernas de las señoritas del columpio.

—Tiene usted razón—suspiró Lagúmina.— ¡Aquí no es posible! ¡Nuestro convento está hoy invadido de diablejos!

Y rió. (Otra bella frase, de sabor clásico... ¡eran su fuerte; acudían a su imaginación frecuentemente, como relámpagos, de un modo espontáneo!) Levantóse, con ánimo de internarse en la arboleda que en la empinada vertiente, a aquel lado, cubría todo el monte.

¡Qué delicia, qué sombra, qué frescura!

—¡Ay, ay!

No fué nada: un porrazo. ¡Caramba! Era preciso caminar con cautela sobre aquella sucia y espesa alfombra de hojas. Algún daño se había hecho en el hueso sacro... Pero ¿y el libro? ¿Dónde estaba? ¡Mira, mira! Había rodado hasta allá abajo, hasta aquel tronco.

Lagúmina no tuvo valor para dar un paso más; se había agarrado a unas matas e intentaba alargar un pié. Era preciso llegar hasta el árbol; pero poniendo gran cuidado en no estropearse las narices. Por milagro, en el primer encontronazo, había salvado los lentes. También era cosa divertida andar así, a resbalones. Ahora un árbol, des-